

—Mañana mismo—contestó Vaudrey, á quien aquel título le pareció irónico y le atacó á los nervios.

Hizo que anunciasen á Adriana su visita.

Sentada delante de un pequeño escritorio, Adriana escribía con aire fatigado, pálida como una muerta.

—Hay novedades—le dijo Vaudrey bruscamente.—¡Ya no soy Ministro!

—¡Ah!—contestó ella.

Ni un estremecimiento, ni una palabra de consuelo.

Tres días antes se hubiese arrojado á su cuello diciéndole «¡Qué felices vamos á ser ahora! ¡Vuelves á pertenecerme! ¡Qué alegría!»

Ó hubiese procurado consolarlo si lo veía sufrir.

Pero ahora permanecía impasible, indiferente, fría ante su marido.

—¡Vamos á dejar el palacio de Beauvau!—dijo Sulpicio.

—Ya me estaba preparando para marcharme—respondió ella.—Mis maletas están arregladas.

—Supongo que me haréis el obsequio de salir conmigo de este palacio y de entrar conmigo en la casa de la Calzada de Antin..... Luego os iréis

á Grenoble. Pero evitemos las apariencias de un escándalo. Hay que pensar en el qué dirán.

Ella lo había oído con frialdad é insensible á su emoción.

—¡Es verdad!—contestó con ironía.—Hay que pensar en el qué dirán. Esperaré á que nos hayamos mudado.

Causábale á Vaudrey verdadero estupor encontrar tanta frialdad y una resolución tan implacable en aquella mujer, dulce y bondadosa como una niña—mi *mujer-niña*, como solía llamarla en otro tiempo.—Sentíase delante de ella disgustado y sin saber si echarse á sus pies para arrancarla su perdón, ó salir corriendo para reunirse con Mariana, á quien tal vez no abandonaría jamás en ese caso. Pero no; era á Adriana, á su queridísima Adriana, á quien quería conservar á su lado y amar como siempre la había amado. ¡Ah! ¡si le perdonara! ¡Si se hubiese él atrevido á arrodillarse, á suplicar, á llorar! Pero aquel cadáver viviente le helaba la sangre en las venas. Tenía miedo. ¡Miedo de ella, miedo de aquella mujer tan dulce, tan inocente, tan cándida!

Salió de su cuarto pensando en comer de prisa y corriendo para dirigirse en seguida á la calle de Prony. Tenía, sin embargo, que ocuparse en des-

pachar los últimos asuntos pendientes y disponerlo todo para hacer entrega del poder á su sucesor. Parecíale una burla esa palabra: *su sucesor*.

—¡Bah! después de todo, él también tendrá el suyo.

Experimentaba aún desengaños y descorazonamientos inesperados. Gentes á quienes había prometido destinos ó cruces acudían presurosas, casi sin respiración, espoleadas por la noticia, á suplicarle que firmase sus nombramientos y preparase sus decretos á guisa de testamento, antes de que dejara de ser Ministro. Alrededor de aquel cadáver había sus correspondientes cuervos. El *señor Eugenio*, saludando todavía, pero sin hacerlo con tanta humildad, procuraba sacar tajada. ¡Cualquier cosa! ¡Un Subgobierno, aunque fuese de tercer orden!

Dijéronle que ya en el Elíseo se le designaba á Granet como sucesor. ¡Diablo! ¡lo esperaba! Pero, esto no obstante, irritábase al ver realizados sus temores.

Granet conservaba como Subsecretario, ¿á quién? ¡al propio Warcolier: Sí, á Warcolier, á quien le prometía la primera cartera que vacase.

—¡Qué razón tenía Ramel!—pensaba Sulpicio.

De pronto, con cierta especie de rabia, Vaudrey quiso ocuparse activamente en eso que tanto se parece á un entierro: la mudanza. Parecíale que acababa de experimentar una gran desgracia. Los criados atestaban los cajones de libros y de papeles. Antes de tener seguridad de su caída, creía estar satisfecho ante la idea de verse libre de los sinsabores cotidianos que pasaba; y ahora en cambio sentíase abatido por su derrota y por su ruina. ¡La ruina! En verdad que lo amenazaba también. ¡Desde hacía un año, había vendido más de una finca para tener dinero disponible para Mariana!

Adriana, por el contrario, salía de aquel palacio frío de la plaza Beauvau, como hubiese salido de una cárcel, con la impresión deliciosa de verse en libertad. Terminaba para ella una pesadilla horrible. Podía quitarse la careta oficial, llorar á sus anchas, quejarse á su gusto, huir, huir á su pueblo, donde estaban todos los recuerdos de su dichosa juventud. Al día siguiente sin falta, emprendería el viaje. El doctor Reboux la estaba esperando, sin comprender la causa de su repentina visita.

Después de haber dado algunas órdenes y de haber guardado sus papeles de mayor importan-

cia, Sulpicio salió á pie, para ir á casa de Mariana.

Anduvo antes maquinalmente por las calles, yendo á parar á los muelles sin saber cómo, temeroso de aquella entrevista con su querida, ahora que ya no era más que un hombre caído. Así llegó á orillas del Sena. Miró el reloj.

¡Las once!

Mariana lo estaría esperando desde hacía mucho tiempo.

Iba siguiendo con esa lentitud propia de los que se hallan muy fatigados, aquellos muelles desiertos, aquella acera de la orilla del río, silencioso y tranquilo. No encontraba á nadie. En la plaza de la Concordia, húmeda á causa de la lluvia aun no seca, detúvose á contemplar un momento el palacio de los Cuerpos Colegisladores, sombrío, destacando su silueta monumental en el fondo del cielo, y mal alumbrado por la pálida claridad de la luna y de los faroles del alumbrado público. En la gran avenida de los Campos Elíseos ya no había más que dos largas filas paralelas de mecheros de gas, y aquí y allá algunos puntos luminosos, movibles, parecidos á fuegos fatuos. Vaudrey se detuvo maquinalmente un momento á contemplar todo aquello.

No le interesaba, pero dentro de él sentía algo superior á su voluntad, que le imponía sus deseos. Maquinalmente continuó su caminata hacia el parque Monceau. La soledad de los Campos Elíseos le agradaba. Al pasar por delante de un gran casino cuyos balcones veíanse iluminados, tuvo un estremecimiento instintivo. Miró por entre el ramaje de los árboles aquellas pantallas verdes, aquellos candelabros, aquellas bombas de cristal cuajado, y se imaginó que la gente allí reunida discutía sobre las causas de su caída y las de la subida al poder de Luciano Granet.

—¡Ahí dentro hablan de mí! ¡Hablan de mi derrota! ¡Ha caído! ¡caído! ¡derrotado!..... y se ríen y hacen chistes á costa mía!..... ¡De seguro que entre esos caballeros hay muchos que ayer mismo me pedían destinos.

Y continuaba su camino sin apresurarse; los cafés cantantes y los teatrillos de varano, desiertos, tristes como todo lugar abandonado, le parecían irónicos, produciéndole una impresión de abandono siniestro, como si aquellas soledades hubiesen estado llenas de apagadas canciones, de graciosa música ya muerta y olvidada, como si él mismo se encontrase allí perdido y olvidado para siempre y por todo el mundo.

Un poco después, pasó por delante del Elíseo un agente de orden público que se paseaba lentamente por delante de una garita desocupada, con las manos metidas en las anchas mangas de su capote; le dirigió una mirada de reojo, casi desconfiando, como si tratase de averiguar qué iba á hacer por aquellos sitios y á semejante hora aquel vagabundo.

—¡No sabe á quién mira!—se dijo Vaudrey.— ¡Y ayer, ayer me hubiese saludado con el mayor respeto!

En algunos balcones del Elíseo veíase todavía luz, y á Sulpicio le parecía que pasaban y cruzaban algunas sombras por detrás de las cortinas blancas.

—¡El Presidente no se ha acostado todavía!..... Probablemente habrá recibido á Granet..... y á Warcolier!..... ¡Warcolier!.....

Delante de la inmensa puerta del palacio cuatro faroles enormes alumbraban desde lo alto al centinela que paseaba con su fusil afianzado y haciendo relucir el charol de la imperial de su schakó á la luz de los faroles. Dos agentes de orden público charlaban á media voz, paseándose también. En el fondo del patio, al pie de la anchurosa escalera alfombrada, había otros dos faroles encendidos.

Vaudrey recordó aquella feliz mañana en que gozoso y satisfecho entraba allí por vez primera, después de bajar del coche de Ministro con su cartera debajo del brazo.

Apretó el paso y se encontró en la plaza Beauvau, sintiendo sus miradas atraídas por la gran verja de hierro que rodeaba el jardín, en el fondo del cual veíase el palacio..... Sulpicio experimentó cierta cólera violenta al pasar por el Ministerio de la Gobernación, cuya entrada, cerrada ahora, había franqueado tantas veces en su carruaje de Ministro. Y se veía entrar allí, donde ya no volvería á penetrar, como no fuese á título de pretendiente fastidioso, formando parte de aquella turba multa de diputados que siempre tenían algo que solicitar. Parecía estar oyendo todavía el grito del lacayo cuando el coche entraba en el patio: ¡El carruaje del señor Ministro! Y subía, y los lacayos saludaban, y el carruaje se alejaba lentamente.

Ahora en aquel palacio se instalaría otro hombre, que se sentaría en las mismas sillas, comería á la misma mesa, dormiría en la misma cama y dispondría de los mismos criados.

Experimentó la extraña impresión de un robo cometido, la desposesión de una cosa suya por un desconocido; y aquel Granet, aquel hombre insta-

lado allí como lo había estado él en virtud de una votación parlamentaria, le parecía un habilidoso, un filibustero y un intruso.

—¡Cómo se acostumbra uno á creerse en su casa en cualquier parte!—pensó Vaudrey.

Olvidó un tanto aquella herida recibida en su amor propio, cuando se encontró en el Parque Monceau y cerca ya de la calle de Prony. En los balcones de Mariana se veía luz. La alegría inefable de ver otra vez á esa mujer y de estrecharla frenético entre sus brazos lo consolaría de todos aquellos pesares. El amor de Mariana valía cien veces más que los goces del poder.

Evidentemente Mariana Kayser estaba esperando á Sulpicio.

Lo recibió en el gabinete muy alumbrado, soberbia y hermosísima, con una bata de cachemira encarnada que daba á sus brazos y á su cuello desnudos un encanto y una seducción extraordinarios.

Vaudrey sintió la misma sensación de infinito apasionamiento, de deleite, de locura, que experimentaba siempre al lado de aquella mujer hermosa.

Mariana le alargó la mano, diciéndole con tono extraño que le llamó la atención:

—¡Hola! ¡buenas noches!

—¿Conque hay novedades, según parece?—añadió casi en seguida, señalando á un periódico que se veía en el suelo.

—Sí—contestó Sulpicio.—Pero ¿qué importa? Cuando estoy á tu lado no pienso en esas cosas.

—Además, amigo mío, de que nuestro pecado capital no es, ni ha sido nunca, pensar en dos cosas á la vez. No entiendo una palabra de política, porque me aburre todo eso; pero me parece que habéis consentido que os la pegue ese Granet.

—Que me la pegue, sí—dijo Sulpicio sonriendo.—Dices las cosas gráficamente.

—¡Sí, soy de mi tiempo! Pero en fin, para tener noticias vuestras era necesario leer los periódicos. Cuanto á mí, voy á daros una que aun no ha sido impresa.

—¿Una noticia que me interesa?

—Tal vez; pero que de seguro me interesa á mí.

—¿Una gran noticia?—preguntó Sulpicio.

—Grande ó gorda, como queráis.

Vaudrey se mordía el bigote.

Guy no le había engañado.

—Pues entonces, mi querida Mariana, me parece que ya conozco vuestra noticia.

—¿A ver?—contestó ella tendiéndose en un sofá y cruzando los brazos desnudos sobre el pecho de su elegante bata.

Sulpicio trataba de anonadarla con alguna frase brutal que no acudía á sus labios. Tenía tentaciones irresistibles de coger entre sus manos aquella cabeza rubia y posar en ella la boca para besarla apasionadamente.

Mariana sonreía con expresión maliciosa.

—¿De modo que es cierto—exclamó Vaudrey—que amáis al Duque de Rosas?

—¡Caramba! ¡qué bien informado estáis! ¡Es raro! Tal vez consista en que ya no sois ministro.

—¿Amáis á Rosas?

—Y me caso con él. Tengo el honor de participaros mi próximo enlace con el Duque D. José de Rosas, Marqués de Fuencarral. La cosa es extraña, pero es cierta..... He pasado muchos días sin tener qué comer, ni un céntimo para tomar el tranvía, y ahora voy á verme de repente convertida en Duquesa. Parece que no os alegráis. ¿Tan egoísta sois?

Tendida en el sofá, con el cuello y los brazos ebúrneos destacándose, atrevidos, sobre el fondo grana de la bata de cachemira, parecía estarse

burlando del estupor de Vaudrey, que la miraba con expresión casi de espanto.

—Ahora, amigo mío—dijo luego con tono amable—ya sabéis para qué deseaba veros hoy mismo. Para deciros que si queréis que sigamos siendo *solamente* buenos amigos, cosa que no es desagradable echando un velo sobre el pasado, tendré mucho gusto en que frecuentéis la casa de la Duquesa de Rosas como visitabais la de la señorita de Kayser. Pero si os empeñáis en hallar en la Duquesa la mujer amable y enamorada que encontrabais en Mariana, y sois muy capaz de empeñaros en ello, porque sois lo más sentimental y romántico que he conocido, entonces es inútil seguir tratándonos. Como si jamás nos hubiésemos visto. Rompo con el pasado y echo la llave á mi vida de soltera. ¡Crac, y buenas noches, Sulpicio!

¡Infeliz! Creía ir á la casa de la que aun era su querida, y se la encontraba burlona, desdeñosa, implacable, convertida en una criatura enteramente distinta, y que le hablaba con el mayor cinismo de su resolución.

—¿Quieres que me vuelva loco, Mariana?

—¡Vaya una ocurrencia!..... ¡Qué frase más romántica!..... Corregios de esos malditos defectos, de esa manía de exagerar en política y de

verlo todo color de rosa en cuestiones de amor.

—Mariana—dijo bruscamente Vaudrey—¿acaso no sabes que por tí he roto la felicidad de mi vida doméstica y herido mortalmente á mi mujer?

—Pues qué, ¿acaso yo os había pedido que hicieseis semejante cosa? Os gustaba, me gustabais, y se acabó. No quería yo la muerte de nadie, y si habéis dejado que vuestra esposa adivine nuestras relaciones, señal de que habéis sido, ó muy imprudente, ó muy tonto! Pero yo, como no quiero herir mortalmente (y subrayaba con expresión burlona estas palabras), entiendo que mi marido no debe sospechar jamás lo que ha sucedido entre nosotros, y como vos no sabéis fingir, y por lo tanto no sabréis fingir con él, debemos acabar de una vez. Conque, adiós, mi querido Vaudrey.

Y le alargaba la mano, aquella mano suave y deliciosa, que cada vez que la tocaba parecía contener efluvios eléctricos.

—¿Qué? ¿vaciláis?.....

—¡Te amo!—respondió él fuera de sí.—Te amo, ¿lo oyes? y quiero que sigas siendo mía.

—¡Ah! ¡no, no, dejémonos de violencias!—contestó ella riendo, en tanto que Sulpicio sentándose á su lado procuraba abrazarla.

—¡Que sigas siendo mía!—dijo Vaudrey en voz baja.—¡Aunque seas esposa de otro!

—¿Por quién me habéis tomado?—exclamó Mariana levantándose del sofá.—Á mi marido quiero que se le respete. El hombre que le da á una su apellido tiene derecho á que no se le engañe.

—De modo que entonces—murmuró Sulpicio—¿qué? ¿no volveremos á vernos más?

—Nos veremos..... desde lejos.

—¿Me echáis?

—Amistosamente.

—¡Ah!—exclamó Vaudrey levantándose pálido y descompuesto, y paseando de un extremo á otro del gabinete con desesperación—sois una miserable prostituta, una prostituta, ¿lo oís? una prostituta..... Guy me lo ha dicho todo..... Os entregasteis á Jouvenet para vengaros de Lissac, y os burlabais de mí como os burláis de Rosas, con quien váis á casaros! ¿Qué no hubiese hecho yo por vos?.... ¡Estoy arruinado, sí, arruinado!

—Amigo mío—interrumpió Mariana fríamente—ahí tenéis la diferencia que hay entre un caballero como el señor de Rosas y un burgués de tres al cuarto como sois vos. Aunque el Duque se hubiese arruinado por mí, á buen seguro nó me lo hubiera echado en cara nunca. ¡Á las mujeres nó

se les habla jamás de dinero! ¡Sois un excelente marido, y habéis nacido para cultivar la felicidad conyugal! ¿Por qué no habéis seguido adorando á vuestra esposa? ¡No sois de la madera de los que pueden tener queridas! Lo que acabáis de decirme no lo hubiese dicho ni un jayán.

—¡Ah! ¡si os hubiera conocido á tiempo!

—¡Como si fueseis capaz de conocer á nadie ni de saber nada! Soy yo mucho más avisada que vos. Sé que ese pagaré que debéis á la Dujarrier, ó á Gochard, como queráis..... os tiene apurado.

—Sí, dijo Vaudrey: pero.....

—Supongo que no querréis que lo vaya yo á pagar con mi dinero, es decir, que no querréis que pague vuestras deudas con el dinero del Duque de Rosas.

—¡Mariana! —gritó Sulpicio fuera de sí y rojo de cólera.

—¡Caramba, puesto que me habláis de dinero.....! ¡Puesto que me contáis vuestra ruina y rezáis el *De profundis* de vuestra fortuna! Decía yo que eso querría decir..... Pero, en fin, vamos á mi cuento. Sabiendo que estabais apurado, os he buscado un auxilio..... Sí, se lo he dicho á una persona que se dedica á sacar de aprietos á la gente, y le he dicho que estabais apurado.

—¿Yo?

—No hay por qué avergonzarse. Se lo he dicho al banquero Molina..... ya le conocéis.

¡Que si le conocía! Parecía estarlo viendo en aquel instante delante de él; y recordando su última visita al Ministerio, se le aparecía ahora como una tentación irresistible, como una tabla salvadora.

—Molina es hombre de dinero —dijo Mariana. ¡Si necesitáis fondos, él os los dará! Conque lo dicho; y repito que me dejéis tranquila para poder dedicarme á los deberes de mi nueva vida. ¡Vaya! ¡buenas noches, y adiós, amigo Vaudrey! ¡Ahí va mi mano!

Y sonreía de tan extraña manera, recostada en el sofá y alargándole la mano con ademán tan seductor, que Sulpicio la cubrió de besos y repitió otra vez en voz baja:

—Pues bien, bueno, adiós..... Sí, adiós..... ¡Pero una vez más..... una vez tan solo!..... Esta noche..... ¡Te amo tanto!..... ¿Quieres?

Ella extendió el brazo desnudo hasta llegar con la mano al cordón de la campanilla, tiró de él con un movimiento nervioso, y Vaudrey se levantó humillado y furioso como movido por un resorte.

—Acompaña al Sr. Vaudrey —dijo Mariana á

la doncella, que se presentó en el gabinete; y ya te puedes acostar, hija mía.

Vaudrey salía furioso de casa de aquella mujer. Acababa de tratarle, á él que había comprado el sofá donde se recostaba, como una Duquesa auténtica hubiera podido tratar á un insolente que le faltase al respeto. Casi le daba risa el pensarlo.

—¡Bien hecho! ¡Te está bien empleado por tonto! ¡Fiarse de una pérdida! ¡Fiarse de Warcolier! ¡Fiarse de todo el mundo! ¡De todo el mundo, menos de Adriana!.....

Maquinalmente, y sin darse de ello cuenta, tomó al salir, el camino de la plaza Beauvau, olvidando que ya no habitaba en el Ministerio. Tal vez el portero no le hubiese abierto la verja del jardín. Los lacayos quizás lo hubiesen echado á la calle como lo echaba una cortesana, porque no era ni más ni menos que una cortesana con quien se había gastado una fortuna.

Y poco á poco, el pensamiento, casi olvidado durante los últimos días de fiebre, de aquella deuda agrandada por los pagarés sucesivos y que debía satisfacer el 1.º de Diciembre, cinco días después, volvía á su mente, terrible y amenazador, como un grave peligro. Esta perspectiva lo había preocupado quitándole el sueño desde hacía algunas

semanas. Veía pasar los meses y los días con una rapidez fantástica y aproximarse la fecha del vencimiento, del terrible vencimiento, con una regularidad matemática. En tanto que había tenido algunos meses de tiempo, no había pensado en ello. Contaba con lo imprevisto, como hacen los jugadores. Tenía también algunas fincas en el Delphinado. En definitiva, con escribir á su apoderado saldría del apuro bien pronto. Además, aun faltaba mucho tiempo para que venciese el pagaré. Calculaba que haciendo economías en sus rentas y en su paga de Ministro podría satisfacer la deuda á Gochard, un nombre que á veces le producía risa. Luego las exigencias de Mariana, los gastos imprevistos, el *chorreo* continuo de la vida en París, no le permitieron economizar, y se le llevaban poco á poco el dinero que en junto tendría necesidad de entregar en cuanto llegase el mes de Diciembre. Poco á poco, á medida que esa fecha se acercaba, fué preocupándose seriamente. Había escrito á su apoderado, y este buen señor le contestaba desde Grenoble que las fincas hipotecadas iban perdiendo su valor, si bien no debía preocuparse, porque la fortuna de la señora de Vaudrey se hallaba en cambio intacta.

¡La fortuna de Adriana! Era lo único que le